

## Poesía de memoria y mano alzada

**Tununa Mercado.**

*Página/12*, 29 de mayo de 1987.

Se alzan o levantan las manos al cielo en señal de imprecación; se alzan las manos pidiendo, laicamente, justicia y final de juego, pero también se dibuja (o se escribe) “a mano alzada”, dejándose llevar por un gesto libre pero no por ello menos riguroso que arrastrará consigo sólo los trazos sustantivos de un decir. Escribir “a mano alzada” ha de ser sustraer la escritura de su “asiento” presuntamente natural, la referencia o la representación –anécdota, historia o como quiera llamarse a todo lo que se considera el tema, el contenido o el consecuente mensaje de una obra- para apostar a la poesía, por decantación y por excelencia.

Laura Klein (1958), cuyos poemas se conocieron a comienzos de los ochenta en *Antología de la nueva poesía argentina*, en *65 poetas por la vida y la libertad* y en *Poesía Argentina 1983*, así como en publicaciones de Buenos Aires y Montevideo, presentó el último viernes –junto con otros poetas de la Colección “Todos bailan”, Ediciones Libros de Tierra Firme que dirige José Luis Mangieri- su libro *A mano alzada*. Integrado por tres secciones, *Bajo pena*, *En el sillón de Inés*, y la que da nombre al conjunto, el libro de Laura Klein parece, en efecto, haber filtrado la historia de estos últimos años en la Argentina, sin escisiones entre lo personal y lo colectivo, dejando a salvo en ese paso, corpúsculos de materia poética tersos y

densos. Más que de abstraer o de generalizar, la operación cumplida parece haber sido la de precipitar, en la palabra y en la composición del texto, sin definirlos, ciertos supuestos que podrían denominarse existenciales: la vida y la tragedia de un país, de una mujer, de unos hombres y otras mujeres, pero sobre todo de una conciencia y de un imaginario permanentemente alertas a la vibración del sentido (y de los sentidos), en la vida, la muerte, el amor y en el desafío que significa pensar.

Poesía incisiva, inteligente, la de Laura Klein dice las cosas en un sitio que podría llamarse “otro” o “intermedio”, que no es el de la siempre y tan mentada realidad (cuyo dictado supuestamente no admite correcciones), ni el sitio del sueño, idealizado por creérselo ámbito de privilegio, sino el sitio del deseo (aunque este término haya sido trasegado y se tenga que rescatar su legitimidad para hablar de este libro). Allí nada está terminado; la palabra flota, horizontal, o se sumerge en una insaciable búsqueda de sí misma y de su objeto; no explica ni concluye, sólo explora y mira todo desde muy cerca, casi tocando las cosas; aguda en su descubrimiento pero también con la capacidad de modelar el texto a la manera de un cuerpo, esta poesía hermética y otras veces llana como una conversación, no habría sido pensada para propiciar justificaciones sino para absorber y profesar una relación con la escritura.